

# ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN LA ARGENTINA

ROSANA GUBER Y LÍA FERRERO

(EDITORAS)

VOLUMEN II



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA

---

Rosana Guber y Lía Ferrero

*Antropologías hechas en la Argentina*. Volumen II / Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras);  
1ra. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020  
682p.; tablas.; gráficos; mapas.

SBN:

978-9915-9333-0-6 OBRA COMPLETA

978-9915-9333-1-3 Volumen II

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Asociación Latinoamericana de Antropología

---

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020

© Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras), 2020

1era Edición, 2020

Asociación Latinoamericana de Antropología

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca

Fotografía de portada: © Comité Internacional de la Cruz Roja

Cementerio Argentino de Darwin, Isla Soledad, archipiélago Malvinas  
en el Atlántico Sur. 20 de junio de 2017.

Diagramación: José Gregorio Vásquez C.

Diseño de carátula: José Gregorio Vásquez C.

Editor general de la Colección: Eduardo Restrepo

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre  
y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2020

## Contenido

### **5. Una nación sin indios... pero con aborígenes y pueblos originarios**

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	15
Construcciones de aboriginalidad en Argentina CLAUDIA BRIONES	17
Etnología y Nación: facetas del concepto de araucanización AXEL LAZZARI Y DIANA LENTON	53
“Hasta el río cambió de color”: impacto social y relocalización de población en Casa de Piedra (provincia de Río Negro) JUAN CARLOS RADOVICH Y ALEJANDRO O. BALAZOTE	77
La eficacia ritual de las performances en y desde los cuerpos SILVIA CITRO	95
Maternidad, trabajo y poder: cambios generacionales en las mujeres guaraníes del norte argentino SILVIA HIRSCH	121
Rituales de iniciación y relaciones con la naturaleza entre los Mbya-guarani MARILYN CEBOLLA BADIE	145
Cuando humanos y no-humanos componen el pasado: ontohistoria en el Chaco CELESTE MEDRANO Y FLORENCIA TOLA	173

## **6. Una nación de inmigrantes ... forzados y libres, deseados e imaginados**

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	201
Lo afro y lo indígena en Argentina: aportes desde la antropología social al análisis de las formas de la visibilidad en el nuevo milenio LILIANA TAMAGNO Y MARTA MAFFIA	203
Migraciones e integración en la región de la Triple Frontera: Argentina, Brasil y Paraguay ROBERTO ABÍNZANO	225
Migraciones, trabajo y corporalidad: bolivianos y nativos en el trabajo rural y el servicio doméstico en Jujuy GABRIELA KARASIK	265
Nacidos, criados, llegados: relaciones de clase y geometrías socioespaciales en la migración neorrural de la Argentina contemporánea JULIETA QUIRÓS	285

## **7. ¿Quiénes producen en la Argentina ... no sólo en la Pampa húmeda?**

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	309
Canibalismo y sacrificio en las dulces tierras del azúcar ALEJANDRO ISLA	311
Los viajes de intercambio y las ferias: relatos y vigencia del trueque en la Puna jujeña (Argentina) LILIANA BERGESIO Y NATIVIDAD GONZÁLEZ	347
Porto-Capivara: los ocupantes agrícolas de la frontera argentino-brasileña (Misiones, Argentina) GABRIELA SCHIAVONI	377
Cambio agrario y reconfiguración de las relaciones sociales en la provincia de Formosa SERGIO O. SAPKUS	397
Rupturas y continuidades en la gestión del desarrollo rural: consideraciones acerca del rol del Estado (1991-2011) MARIO LATTUADA, MARÍA ELENA NOGUEIRA Y MARCOS URCOLA	415

Morfología del fenómeno cartonero en Buenos Aires PABLO J. SCHAMBER	443
--	-----

## **8. Los actores políticos en la crisis permanente**

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	465
--	-----

Frasquito de anchoas, diez mil kilómetros de desierto ... y después conversamos: etnografía de una traición MAURICIO BOIVIN, ANA ROSATO Y FERNANDO BALBI	467
--	-----

Un barrio, diferentes grupos. Acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza VIRGINIA MANZANO	499
---	-----

La política indígena en Salta: límites, contexto etnopolítico y luchas recientes CATALINA BULIUBASICH	523
--	-----

Liderazgos guaraníes: breve revisión histórica y nuevas notas sobre la cuestión ANA MARÍA GOROSITO KRAMER	537
---	-----

Experiencias de descenso social, percepción de fronteras sociales e identidad de clase media en la Argentina post-crisis SERGIO VISACOVSKY	555
--	-----

## **9. Legados de los setenta: identidades, fragmentos y memorias**

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	589
--	-----

Las víctimas del terrorismo de Estado y la gestión del pasado reciente en la Argentina VIRGINIA VECCHIOLI	591
---	-----

Estado y nación en las narrativas de espíritus desaparecidos durante la dictadura militar en Argentina, 1976-1983 GUSTAVO LUDUEÑA	613
---	-----

“Lo que merece ser recordado...” Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria LUDMILA CATELA DA SILVA	643
---	-----

## De chicos a veteranos: o la subversión de la organización social<sup>1</sup>

ROSANA GUBER<sup>2</sup>

Entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982 y tras 149 años de ininterrumpida ocupación británica del Reino Unido, e igualmente ininterrumpido reclamo de la República Argentina por sus derechos territoriales, ambas naciones se enfrentaron en un teatro de operaciones naval e insular por la soberanía de las Malvinas e Islas del Atlántico Sur (Georgias del Sur, Sandwich del Sur y Orcadas del Sur). Dos fueron las consecuencias del conflicto armado, además de los casi 1000

- 
- 1 Este artículo, que permaneció inédito, sintetiza la tesis doctoral de la autora, quien desde 1989 analiza las memorias y experiencias de los protagonistas directos argentinos (soldados y personal de cuadros de las FF.AA.) en “la guerra de Malvinas” (1982) contra Gran Bretaña. Su interés radicó en mostrar la potencialidad de la antropología para analizar un conflicto bélico y sus efectos en la posguerra, sin recurrir al ya consagrado mecanismo de limitar nuestros escritos a la denuncia por “violación a los derechos humanos”, en este caso de soldados conscriptos argentinos. En 1982 entre un 60 y un 70% de la tropa ya había concluido con su servicio militar obligatorio (masculino) y fue convocada nuevamente. La autora creía, a fines de los ochenta que la antropología tenía un gran potencial analítico basado no sólo en su batería teórica sino, también y fundamentalmente, en su forma de trabajo y de conocimiento, el método etnográfico. La guerra internacional era, entonces, una posible cantera de preguntas y una forma de mirar a la sociedad argentina, un hecho social total à la Marcel Mauss. Este artículo analiza cómo se constituyó un nuevo actor social y político en la Argentina, el ex soldado-ex combatiente-veterano de guerra de Malvinas, en la Argentina donde confluyeron la primera posguerra y la transición democrática (desde 14 de junio de 1982 hasta 1989, cuando se clausuró la última rebelión militar). Para ese análisis, la autora incorporó los importantes aportes de otro argentino radicado desde los años ochenta en Oslo, Noruega: Eduardo Archetti (ver sección 3 y Anexo D). Guber es conocida, además, por sus escritos acerca de la etnografía y el método etnográfico (El Salvaje Metropolitano, 1991; La Etnografía, 2001), y dedicó algunas investigaciones a la antropología de la antropología argentina (La articulación etnográfica, 2013, Antropologías Argentinas, 2013). Recibió el Premio Konex Platino por Antropología-Arqueología, en Humanidades 2016. Complementar con secciones 2 (L. Nacuzzi y C. Lucaioli, R. Boixadós y J. Farberman) y en esta sección (especialmente V. Vecchioli, L. da Silva Catela, L. Fondebrider y V. Scheinsohn, S. Frederic).
  - 2 Investigadora del CIS-IDES/CONICET. Directora de la Maestría en Antropología Social de la Universidad Nacional de San Martín, desarrollada entre el IDES y el IDAES.

muerdos de ambos bandos y un número bastante mayor e incalculado de heridos físicos y psicológicos: el final del gobierno militar argentino auto-denominado “Proceso de Re-organización Nacional” (en adelante PRN) y conocido hoy como “la última dictadura” argentina, iniciado el 24 de marzo de 1976<sup>3</sup> y la conformación de un sector social reconocido por un nombre basado en cierto pasado común: el de los ex soldados combatientes/veteranos de guerra, nacidos de la única guerra internacional protagonizada por la República Argentina en el siglo XX, en calidad de conscriptos, es decir, cumpliendo el servicio militar obligatorio instaurado para los varones en 1901.<sup>4</sup> Este artículo analiza el particular proceso de conformación de esta identidad social y política en la primera década de posguerra, cuando ser ex combatiente se convirtió en una condición liminal.

Pese a exhibir una organización estable, las sociedades humanas son acosadas por el cambio permanente; nuevas personas aparecen, otras mueren, y todas circulan por diversas posiciones en la organización social según el género, la edad, el lugar en las relaciones de parentesco, etc. Para que estos cambios no pongan en peligro su continuidad, las sociedades crean instancias formalizadas a través de las cuales sus integrantes se reconocen y son reconocidos en su nueva condición. Los “ritos de paso”, como los bautizó el sociólogo suizo Arnold Van Gennep en 1909, son procedimientos formales y performativos establecidos para transitar ciertos hitos del ciclo vital –la muerte, el nacimiento, la pubertad, la muerte, etc.– y anual social –las fiestas, los inicios de actividades, etc.–. Con ellos la sociedad controla los cambios que podrían desafiar su continuidad, pero también disciplina y visualiza a cierta clase de personas.

Según Van Gennep, estos ritos presentan tres etapas o fases sucesivas que se suelen actuar de modos prefijados (y por eso son “ritos” o “rituales”): la “separación” del individuo o del grupo que cambia con respecto a la estructura social y a las categorías culturales con las cuales la sociedad se organiza y comprende su organización; la “liminalidad”, que significa “situación de umbral o en el margen” del sujeto transicional, quien queda en una posición ambigua con “pocos o ninguno de los atributos del estado anterior o por venir”; y finalmente, la “reincorporación” o reagregación del sujeto a la estructura social, ahora con las obligaciones y derechos de su nueva posición pública y reconocida como legítima (1960). De estas fases la

---

3 Sólo unos días después de la rendición, el General L.F.Galtieri y sus pares de la junta militar que gobernaba el país, Alte. I. Anaya y Brig. General B. Lami Dozo, fueron relevados. Su sucesor presidencial, el General (R) Bignone tuvo como misión principal encarar el llamado a elecciones nacionales para el año siguiente (30 de octubre, 1983) y habilitar a los partidos políticos, terminando así una veda partidaria que había regido en los 6 años previos.

4 El Servicio Militar Obligatorio se suspendió, no se eliminó, en 1994 a raíz de la muerte de un soldado en una unidad militar del Ejército, por excesos en su disciplinamiento y costo de integración social, lo que actualmente se suele designar como “abuso de autoridad” y “bullying”.

que recibió más atención en la literatura antropológica fue la “liminal” o intermedia, identificada con una “no-condición”, ajena a las categorías sociales establecidas (soltero-casado, vivo-muerto, infante-adulto, etc.). El antropólogo Victor Turner describió la condición liminal asociada a ritos de iniciación de jóvenes Ndembu (Zambia, África) como un “estar ni aquí ni allá”, sino “en medio de posiciones asignadas y conformadas por la ley, la costumbre, la convención y el ceremonial”. Sus “atributos ambiguos e indeterminados se expresan en una rica variedad de símbolos” y en su homologación “a la muerte, a la invisibilidad” (Turner 1969: 95). Por eso quienes “pasan” juntos comparten una camaradería e igualitarismo intensos, un “momento adentro y afuera del tiempo, y adentro y afuera de la estructura social secular” (Turner 1969: 96).

El servicio militar obligatorio fue instaurado en 1901 por el Estado Argentino, como parte de las políticas destinadas a nacionalizar a una sociedad civil de nativos y extranjeros. Los varones de 21 años debían enrolarse durante doce meses en alguna de las fuerzas armadas o de seguridad, para recibir instrucción militar y servir en alguna unidad. La coincidencia entre la conscripción y el acceso a la mayoría de edad ante la ley, también a los 21, convertía al servicio militar en parte de un tránsito a la ciudadanía nacional. Pero además, y en consonancia con el ideario de muchos otros Estados nacionales de la época, por ser sólo de hombres, segregar al iniciado de su medio familiar, y sujetarlo a los rigores de la instrucción militar, la conscripción se asociaba popularmente al paso a la masculinidad adulta. En 1973, el Estado Argentino modificó la edad de enrolamiento, procediendo al sorteo y asignación de la Fuerza de destino, a los 18 años de edad, y a los 19 años el cumplimiento efectivo de la conscripción.

Ahora bien. Pese a haber cumplido con su servicio militar, que por esta (y única) vez incluyó acciones armadas en un teatro real de operaciones armadas entre estados nacionales, estos hombres nacidos en 1962 y 1963 no completaron el pasaje. Lejos estoy de significar, de manera simplista, que no cumplieron con su ciclo de maduración intelectual y personal, o que algún sector en particular les vedó ese pasaje o que ellos mismos se negaron o fueron incapaces de efectuarlo. Lo que quiero decir es que, por razones que detallaré en el resto de este trabajo, los ex soldados pasaron a integrar una categoría híbrida y difícil de definir en los términos habituales de la época, una categoría que desafiaba los rótulos propios de la organización social argentina. La formación de esta categoría llevó algún tiempo, empezando aparentemente (sólo aparentemente) el mismo día de la capitulación argentina el 14 de junio de 1982, e involucró a muchos sectores, principalmente a las FF.AA. de entonces, a los funcionarios del Estado nacional y organizaciones afines, a los intelectuales, a distintos miembros de la sociedad civil en calidad de familiares, vecinos, comerciantes, empleadores, burócratas, clientes, etc. y, por supuesto, involucró a los mismos ex soldados. En estas páginas describiré esta



categoría y ensayaré una interpretación de su proceso de conformación y algunas de sus implicancias.

## Los chicos de la guerra

Tal era el título de un libro de testimonios de jóvenes soldados editado en agosto de 1982 por el periodista Daniel Kon<sup>5</sup>, y de un film de Bebe Kamín estrenado en 1984 que recuperaba el nombre que la sociedad venía dándoles a los conscriptos desde que partieron al sur desde el 2 de abril de 1982, a “recuperar las Islas Malvinas”. Esta designación siguió vigente en la postguerra, proponiendo cierta vinculación entre el Estado, la sociedad civil y los ya ex soldados.

Durante los 74 días del conflicto los soldados eran considerados por los discursos oficiales por la sociedad política y por la sociedad civil, como argentinos que iban a defender a la Patria. Esta caracterización destacaba la disciplina vertical de una tropa adiestrada para la guerra. A diferencia del orden político que había imperado durante los seis primeros años del PRN, cuando los jóvenes solían ser asociados a y sospechosos de “subversión”, la iniciativa del ‘82 involucraba a toda la población y también a ellos, los jóvenes, en una “empresa nacional” que, de hecho y por consenso, se ejecutaba en términos militares y debatía en términos militares y patrióticos. Dicha integración se esgrimía en continuidad con la “nacionalidad por contrato” según la cual la sociedad entrega a sus hijos a las instituciones armadas, a cambio de su nacionalización.<sup>6</sup> En el discurso estatal y civil de aquellos días, oficiales, suboficiales y soldados conformaban “la familia argentina” donde los hombres-padres en el gobierno encabezaban la familia en el continente, y los Estados Mayores presidían la familia en el campo de batalla oceánico e insular. Esta familia sustituta, militar, vertical y masculina, incluía a la población que, sin pasar a las islas, legitimaba su entrega patriótica a través de encomiendas, cartas, declaraciones epistolares y mediáticas (Guber 2001). A ello se agregaba la iniciativa oficial-militar del “madrinazgo de guerra” en que mujeres adultas de buena posición socio-económica “adoptaban” virtualmente y sin necesariamente haberlos conocido, a soldados generalmente de condición humilde, para informar sobre su situación y destino a los familiares directos, proveer para sus gastos, o financiar la visita de un pariente al centro de internación.

Con la noticia de la rendición argentina el 14 de junio, esta unidad cívico-militar no se desarticuló sino que se cambió de signo. Mientras el Estado Mayor Conjunto decidía el reemplazo de la Junta, numerosos transeúntes ocuparon las calles y se

5 *Los chicos de la guerra* logró entre agosto y diciembre de 1982 siete ediciones. Para la séptima se habían vendido unos 35.000 ejemplares.

6 El otro modelo, el Herderiano, sostiene la pertenencia nacional por la ascendencia común. Alemania, Austria, Japón estarían en esta perspectiva.

auto-convocaron frente a las sedes de los Poderes Ejecutivos nacional, provinciales y municipales, para condenar al presidente que encabezó públicamente la iniciativa malvinera al grito de “Galtieri, borracho, mataste a los muchachos”. “Muchachos” designaba aquí a esa masa de hombres jóvenes que empezaría a llegar desde el frente y que en su mayoría obtendrían la baja para volver a sus familias y a sus pueblos. “Muchachos” se refería, aquí, sólo a los conscriptos, no a los suboficiales y oficiales que, en algunos casos, tenían la misma edad que los soldados.

Al tiempo de regresar, el nuevo gobierno presidido por el General (Retirado) Reynaldo Bignone, junto con algunas organizaciones civiles, comenzaron a hablar de la “reinserción”. Esto significaba resolver las necesidades médicas y materiales de los recién llegados, tanto de los heridos o con alguna incapacidad, como de todos aquéllos que por su juventud y por haber estado en una guerra, tendrían un difícil camino a la vida civil y laboral. También implicaba la superación del abrupto paso de un campo de batalla a un contexto de paz.

Las instituciones castrenses asistieron a los heridos en sus instalaciones hospitalarias y ofrecieron a los ex soldados empleo como personal permanente en empresas de servicios públicos y en divisiones del Estado nacional, provincial y municipal. Pero también era necesario anclar a los veteranos civiles en alguna comunidad moral que los devolviera a la disciplina de los tiempos de paz. El único antídoto contra el ex-soldado desahogado por la soledad y la marginación, un arma sin seguro como enseñaba el *boom* cinematográfico del momento, *Rambo*, era restablecer sus lealtades primordiales. Para ello la organización de caridad y moralidad “Liga de Amas de Casa” integrada por mujeres de posición social media y alta crearon, junto al Estado Mayor, la “Casa del Veterano de Guerra” (*Nuestras Islas* 1987). A cargo de un oficial superior por cada fuerza que hubiera desempeñado un alto cargo en Malvinas, la Casa debía “ayudar a los ex conscriptos en su reinserción en la sociedad”. Las “señoras” de la Liga, los altos oficiales y los ex soldados como menores e hijos subalternos, recreaban en este ámbito de camaradería y contención, una familia patriarcal. Así, la Casa podría reencausar la potencial conflictividad de aquellos jóvenes, y es que exentos ya del encuadre militar, estos civiles podían hablar de más, difundiendo cuestiones inconvenientes y abonar el regreso de elementos subversivos. El riesgo, siempre presente, existía pese a que el gobierno entendía que las clases (promociones) 62 y 63 (nacidas en 1962 y 1963) eran las primeras de una juventud “limpia y sana”, habiendo ingresado a la escuela secundaria en 1975 y 1976, es decir, incontaminada de la militancia subversiva de los años sesenta y setenta.

Bajo la metáfora de una gran familia de descendencia masculina (“padres” altos oficiales, “madres” amas de casa, “hijos” ex soldados), en una sede u “hogar”<sup>7</sup>, los ex soldados serían “verdaderamente comprendidos” en una experiencia bélica que los demás civiles no entenderían jamás. Por eso, los ex soldados eran concebidos no sólo como menores; eran además civiles de estirpe militar.

Por su parte, los adultos civiles sin adscripción o relación directa con jurisdicciones estatales, también querían colaborar con los ex soldados en su “reinserción” social, ofreciéndoles una especie de familia adoptiva, por ejemplo, mientras hacían sus trámites en las grandes ciudades o las capitales de provincia. Los hospedaban, asesoraban y representaban en las largas estadías lejos de sus hogares mientras recibían atención médica y psiquiátrica en los hospitales militares. Estas otras “madrinas”, “protectoras de ex-combatientes” y tutores se diferenciaban de las madrinas oficiales porque proclamaban la reinserción demandando al Estado el cumplimiento de sus obligaciones, no invocando su tutela. En sus “cartas de lectores” a los diarios denunciaban la incapacidad de las entidades militares para proveer atención médica adecuada, medicamentos, prótesis, anteojos, a los veteranos civiles.<sup>8</sup> Denostaban el “olvido” y apelaban a la “memoria” oficial con respecto a quienes habían ido a las islas para servir a la Patria. A su vez, adoptaban su representación en carácter de adultos, hermanos mayores, padres y madres, todos ellos civiles, diseñando una figura del ex soldado como confundido, desorientado, necesitado de guía y de protección. Esta imagen se fundaba en la juventud de los recién llegados pero también, y fundamentalmente, en su condición jurídica.

A su regreso de Malvinas, los ex soldados aún no eran “mayores”. Como desde 1973 la edad de reclutamiento era a los 18 años, pero la mayoría de edad legal seguía fijada en los 21, quienes habían enfrentado a los británicos, manejando armas de guerra y cargado heridos, en la paz del continente no eran reconocidos como adultos. Esta condición era más problemática cuando el joven carecía de “mayores responsables”, sea por ausencia absoluta, extrema pobreza, domicilio alejado de centros urbanos y/o analfabetismo. La conjunción de estos factores y la minoría de edad reformulaba el sentido de Malvinas que los estados mayores proclamaban como una experiencia incomprensible para los civiles. En su carta a un diario un hombre reflexionaba, con gran lucidez, que su

---

7 Esta imagen no era más que una extensión de la empleada por sucesivos regímenes y gobiernos que, con distintas tonalidades, habían ubicado al “pueblo” o a los civiles, como los hijos y al Estado o a las Fuerzas Armadas como los adultos responsables y educadores (Plotkin 1993, Filc 1997).

8 *Clarín* 13 de julio, 26 de agosto, 14 de octubre, de 1982; 31 de marzo, 2 de junio y 3 de setiembre de 1983. Debe aclararse que algunos servicios ni siquiera estuvieron disponibles para el personal de cuadros, principalmente la atención psicológica, y que los hospitales militares se vieron inundados de internados, heridos y enfermos sin prácticamente haberlo previsto.

intención de colaborar con dos *chicos ex combatientes* que permanecen internados en el hospital de Campo de Mayo tropieza con problemas. Hace pocos días recibieron de manos del Ejército algo así como un adelanto de indemnización. /.../ hemos decidido /.../ comprar una propiedad a cada uno, ambas escrituradas a sus nombres. /.../ Pero el inconveniente /.../ consiste en que adquirir inmuebles a nombre de ellos trae aparejados impedimentos por tratarse de menores de edad. Para contribuir a la emancipación de estos dos *chicos* encuentro la valla de que se trata de *huérfanos* o de *bogares mal constituidos (o destruidos, como se los quiera llamar)*. ¿Cómo se los emancipa entonces? Si son mayores para ir a la guerra, ¿podemos considerarlos menores para adquirir un inmueble o para llegarse hasta un banco a poner unos pesitos a plazo fijo? Todos ellos han adquirido la mayoría de edad ante la Nación entera. *Dejaron de ser chicos. Son hombres.* Julio L. Novoa (*Clarín* 15 de enero 1983).

Desde 1982 la distancia entre el servicio militar y la mayoría de edad se manifestó en la incapacidad legal de los ex conscriptos de disponer de su capital. Si, como establecía la ley, el legado o la transferencia a un menor debe estar supervisada por un Juez y por la Asesoría de Menores, y delegarse en un tutor responsable —generalmente el padre biológico o algún familiar directo— ¿qué hacer cuando los padres habían muerto, evadido sus obligaciones paternas, o se encontraban en situaciones de privación que les impedía viajar a hacer los trámites pertinentes? Novoa demandaba al Estado dos reconocimientos simultáneos: el de la adultez de los ex soldados y el de su status de hijos sin padre ni familia. Como otras cartas, pedía atención adecuada e igualitaria a veteranos militares y a veteranos civiles, pero además cuestionaba al Estado militar que no había “defendido a la Patria”, y sí había expuesto la vida de sus civiles conscriptos sin reparar sus efectos.

La consigna callejera de “Galtieri, borracho, mataste a los muchachos” aludía precisamente al padre de un hogar “mal constituido” y “destruido” por el alcohol<sup>9</sup>. El hogar, la Nación Argentina, había sido roto tras las apariencias de una guerra por una causa justa. Los rumores acerca de las provisiones reunidas para las tropas y vendidas en forma privada en el continente sin llegar a destino, o acerca de los soldados que pasaban hambre en el frente, mientras los depósitos de Puerto Argentino rebozaban de comida o acerca de abusos de autoridad, estaquesos<sup>10</sup>

9 Quienes trataron directamente con el General Galtieri en aquel entonces, en alguna función específica en la Casa Rosada, señalan la falsedad de este calificativo que, en cambio, si aplican a otros altos mandos, especialmente de la administración anterior.

10 En tiempos de la guerra contra los aborígenes en la llanura pampeana, el Ejército utilizaba como “cárcel de campaña” un paño de carpa sobre el suelo y un soldado castigado al que se obligaba a acostar con los brazos y piernas extendidos por largas horas, custodiado por un guardia. Esta práctica era habitual en los ejércitos occidentales, aunque en la Argentina se suele referir como una perversión de las FF.AA. nacionales.

y castigos desmedidos sobre los soldados, parecían ratificar la inoperancia y la corrupción militar. El cuadro era el siguiente: padres irresponsables despilfarrando recursos, e hijos pasando privaciones y las inclemencias del clima sub-polar.

Historias cómo estas sintetizan las primeras conclusiones que elaboró la sociedad civil sobre la guerra de Malvinas. La lección no cuestionaba la unidad por la causa justa, sino la contradicción cívico-militar en el campo de batalla y en el interior de la Nación Argentina. Por eso, los civiles adultos presentaban su propio padrino como fundado en el desinterés y el amor a la Patria. Para ellos los ex soldados encarnaban la juventud patriótica argentina pero también la víctima del abuso político de los militares y sus gobiernos. Y así como se creyó que sólo la incorporación de los “chicos” a sus hogares civiles los devolvería a su “verdadera familia”, así también la destruida familia argentina podría recomponerse liberándose de “generales borrachos” y “oficiales cobardes y estaqueadores”. Por eso la guerra debería ser recordada como una aventura irresponsable, y el fervor patriótico como la excusa para engañar o manipular en su buena fe a los argentinos.

## Los ex-combatientes

Tanto la perspectiva civil como la militar ubicaban a los ex soldados –que ya se autodenominaban “ex soldados combatientes de Malvinas” o “ex-combatientes”– en la posición de menores, cuyo nacimiento estaba tan ligado a la Patria<sup>11</sup> unida por una causa nacional y a la inmoral y derrotada conducción militar argentina. La imagen que comenzaron a forjar los ex soldados sobre sí mismos contestaba directamente las visiones dominantes por entonces sobre la guerra y su papel en ella. Desde las redes de ex soldados nucleados en los Centros de ex combatientes en cada vez más provincias del país, emprendieron una serie de operaciones con el fin de crear un lugar social específico: el de una generación unida por la memoria de una causa nacional, diferente de la de los militares, y con los adultos civiles como su interlocutor principal, aunque con ciertas tensiones.

Esta “generación” se mostraba dispuesta a recordar lo que generaciones previas, como la de sus padres, parecían querer “olvidar” e “ignorar”.

¿Con mis padres? No, de esto no hablamos. Cuando yo hablo de frío hablo de 30 grados bajo cero y con ropa inadecuada. Cuando hablo de hambre hablo de tres meses de comer m(ierda), cuando hablo de miedo hablo del miedo a morir en la oscuridad por un tiro que te llega no

---

11 Utilizamos Patria en mayúsculas tal como lo hacen los escritos publicados en el mundo militar, en los textos sobre la guerra de Malvinas y en las comunicaciones habituales de los centros de ex soldados. Patria con mayúsculas opera, siempre, como sucedáneo de la Argentina.

sabés de dónde. No, no podemos entendernos. (Vázquez en *La Voz*, 24 de octubre, 1982).

Los demás civiles eran igualmente ignorantes: “Aquí hay mucha gente que no sabe lo que es el frío, el hambre, la muerte ... no sabe lo que es la guerra” (Marcelo Sánchez en *Somos*, 17 de diciembre, 1982). Los ex-combatientes sólo se reconocían en los padres y madres cuyos hijos habían muerto en las islas o en el mar, y en “los familiares” de los heridos de guerra. Sólo ellos podían recordar adecuadamente: “Usted tiene que comprender -dijo el ex combatiente- yo lo primero que escucho al regreso, ‘fue una guerra absurda’. ¿Absurda para quién? ¿Para nuestros compañeros muertos o mutilados? ¿Absurda para las madres que ya no tienen a su hijo?” (*La Voz*, 3 de noviembre, 1982).

Los ex soldados apelaban a la memoria como un acto de justicia contrario a los mores que degradaban al sinsentido la razón de las muertes, la pérdida de seres queridos y la dura supervivencia. Desde el “absurdo” la reinserción en la historia nacional sólo podía hacerse negando el valor de sus experiencias como soldados. Los ex combatientes designaron a esta lógica con el término “desmalvinización”, y la atribuyeron, primero, al Estado Mayor Conjunto que en 1982 encuadró el regreso de las tropas en el mayor secreto (“volvimos por de noche”, “por la puerta trasera”); desmalvinizar era para ellos desactivar los sentimientos nacionales a través del olvido, inducido por el derrotismo y la vergüenza. En vez de ser objeto de desmalvinización, la “memoria” les permitía proponerse como salvaguarda de la sociedad argentina, contra su propia desnacionalización.<sup>12</sup>

Para ganar esta “batalla contra el olvido” y señalarle a los argentinos cómo recordar la guerra y a sus soldados, se proponían como agentes libres, no reclutados por la fuerza; se diferenciaban del régimen político-militar, negaban su victimización y destacaban la causa y la magnitud del enemigo británico. Veamos.

Para desmontar su presencia en el Teatro de Operaciones<sup>13</sup> como un imperativo estatal –servicio militar obligatorio–, los soldados clase 1962 que habían obtenido la baja antes del 2 de abril suelen contar que al recibir el telegrama de convocatoria corrían a la unidad para reencontrarse con sus camaradas (a veces sin siquiera

12 Suele atribuirse el término “desmalvinización” al científico político Alain Rouquié, asesor del presidente constitucional Raúl Alfonsín, y autor de varios volúmenes sobre los militares y la democracia en la Argentina. El sentido sería restar importancia y presencia política a la causa por Malvinas y al recuerdo de la guerra. Sin embargo, quienquiera que sea su creador, el término se integra perfectamente a la historia argentina, pues uno muy similar, fue utilizado en 1955 con fines de “dar vuelta la página” des-activando la memoria: la des-peronización.

13 Se entiende como Teatro de Operaciones en la jerga estratégica al sector geográfico y geopolítico donde se llevan a cabo las acciones u operaciones bélicas.

haber sido notificados). Eludían así la imagen de haber sido “arrastrados” como *carne de cañón* al campo de batalla.

Pero aunque hubieran asistido por propia decisión y voluntad, no por eso eran cómplices. Ni víctimas, ni inútiles, ni engañados, ni manipulados por la dictadura, tampoco eran sus hijos. Latente en la sociedad que partidizaba la guerra como un recurso del Poder Ejecutivo para mantenerse en el poder, esa diferenciación pretendía neutralizar cierta indiferencia pública, tenida como enojo, que brotaba en el momento más inesperado, como con la ironía casual de un vecino que saludó a un ex soldado con un “*Chau Leopoldito*”, aludiendo a Leopoldo Galtieri, o más precisamente, a un hijo suyo. Los ex combatientes replicaban que ellos eran los únicos argentinos cuyo “uniforme no estaba manchado de sangre argentina”. A veces, la respuesta también venía en otro formato algo más contundente.

Convertir la humillación de los “chicos” y la victimización de los jóvenes bajo la dictadura en el orgullo de una generación requería además mostrar que su intervención en el campo de batalla distaba tanto de la imagen de desprotección que presentaban los críticos que nunca habían visto una guerra más que en películas o en la televisión, como de la perspectiva de los analistas acerca de la escasa instrucción de los soldados argentinos: “Si bien nosotros no éramos grandes guerreros, tampoco éramos unos inútiles. La imagen que (la película *Los chicos de la guerra*) da de nosotros es la de pobres chicos que se la pasaban llorando” (Trinidad en *Clarín*, 9 de agosto, 1984).

Por último, al destacar la causa y la magnitud del enemigo –la segunda potencia de la OTAN–, relativizaban la atención en las Fuerzas Armadas nacionales y vigorizaban la cuestión pendiente en el Atlántico Sur y la lucha contra el colonialismo, como una causa nacional. Esta causa se configuró a comienzos de los años treinta gracias a historiadores y a políticos, para consolidarse en los sesenta. Malvinas no era un invento del Proceso, por lo tanto ellos, los soldados, tampoco.

Más allá de la conducción política y militar, que fue nefasta. Más allá de las motivaciones de la Junta Militar. Más allá de la traición de los mandos, peleábamos por algo que creíamos y creemos justo. Peleamos contra un enemigo histórico de la Argentina, que es Inglaterra desde 1806. En ese sentido fuimos una generación que enfrentó al imperialismo, no con declamaciones sino con las armas en la mano. (Trinidad en *Clarín*, 9 de agosto, 1984).

Estas cuatro operaciones se sintetizaban en una expresión nodal de esta construcción identitaria: “ya no somos chicos”. Los ex soldados lamentaban que se los identificara como niños y como menores, y repudiaban la curiosidad morbosa de vecinos, parientes y amigos cuando les preguntaban “¿mataste-tuviste-hambre-

tuviste-frío?”, como si fuera una sola palabra, asumiendo que lo único significativo de la experiencia bélica había sido, para los civiles, su victimización por la conducción militar, no la causa por la que habían peleado, aún en las peores condiciones. Eran estas condiciones precisamente las que los habían arrancado para siempre de su minoría y, aunque no pudieran verlo todavía, los habían introducido, más bien empotrado, en la historia.

Ahora bien. Dejar de ser “chicos” no significaba haberse convertido en adultos. Ni en sus afirmaciones de 1982-1984, ni en 1989 cuando empecé a conocerlos, los ex soldados se afirmaban como adultos. Haber dejado de ser “chicos” reforzaba la pertenencia a “una generación que nació con el terror, que vivimos con miedo, desde nuestra infancia. Pero fuimos a la guerra y se nos fue el miedo” (Vázquez en *La Voz*, 3 de noviembre, 1982). Incluso cuando hablaban de su estatura de “hombres” lo hacían con cautela: “Cada soldado que estuvo en Malvinas defendió [...], la parte que le tocaba. Nos hicimos rápidamente hombres en cuanto a esa responsabilidad” (Trinidad en *Clarín*, 9 de agosto, 1984).

Si salir de la adolescencia no los transformaba en hombres adultos, la nueva condición los arrojaba a un limbo y por lo tanto a serios riesgos: el suicidio, la locura y el sometimiento que ubica al sometido en una posición subordinada y, eventualmente, homosexualidad. Los ex-combatientes explican el alto número de suicidios hasta el 2002, entre 200 y 250, como una respuesta individual a la indiferencia social que los condenaba al sinsentido de su experiencia o también como la revelación de la locura:

[...] hay muchos compañeros que quedaron mal, que tienen un quilombo en la cabeza, que escuchan un ruido y se tiran bajo la cama. Hay un pibe que no se anima a salir de la casa, vive encerrado. ¿Cómo le demostrás a ese pibe que el pueblo está con él? ¿Que tenía significado lo que hizo? (*La Voz*, 24 de octubre, 1982).

Este punto fue tomado por la prensa<sup>14</sup> y la sociedad anclando la expresión corriente “*locos de la guerra*” en una realidad concreta y factible para todo aquél que hubiera estado “allá”. Como se interpretó en el pueblo cuando el ex soldado

---

14 Los titulares de los diarios eran por demás elocuentes: “Suicidio en Paraná” (*Clarín*, 27 de octubre, 1982); “Un ex-combatiente se suicidó” (*Clarín*, 18 de noviembre, 1982); “Triste final para un ex-combatiente. Se mató desequilibrado veterano de Malvinas” (*Crónica*, 19 de noviembre, 1982); “Vida y muerte de un soldado ex-combatiente afectado por Malvinas, se suicidó por la frustración de la derrota” (*Tiempo Argentino*, 19 de noviembre, 1982); “El soldado que eligió la muerte” (*Siete Días*, 24 de noviembre, 1982); “Un Ex-combatiente murió en una pelea callejera” (*Tiempo Argentino*, 11 de enero, 1983); “Un ex-combatiente se suicidó” (*Clarín*, 18 de julio, 1983); “Un ex-combatiente de Malvinas intentó suicidarse” (*La Prensa*, 12 de mayo, 1989). Los ejemplos se multiplican.



devolvió el Chau Leopoldito con un durísimo golpe de puño en la mejilla derecha del “bromista”.

El tercer riesgo era rechazar la masculinidad. Como la conscripción argentina fue siempre de varones y como por entonces la homosexualidad era considerada una desviación anatómico-psiquiátrico-moral, este riesgo acompañaba la asociación entre la derrota y la fragilidad de los combatientes conscriptos argentinos como careciendo de suficiente hombría. Otra de las ironías casuales propinadas en la vía pública a algún ex soldado era “-¿A vos te cogieron los gurkhas?”, refiriéndose al sometimiento sexual de la porción civil de las fuerzas argentinas, por parte del cuerpo de elite nepalés al servicio del Reino Unido.

Quienes habían dejado de ser “chicos” pero resistían el suicidio, la locura y la homosexualidad, tanto como la asociación con fuerzas armadas derrotadas militar y políticamente y con civiles ignorantes en materia bélica, se presentaban como una generación autónoma de sus mayores, resistiéndose a encajar en el sistema clasificatorio tan significativo por entonces, cuando el régimen comenzaba a caer: ni totalmente civiles ni totalmente militares; ni totalmente niños ni totalmente adultos; hijos de la dictadura y creciendo en democracia.

## Nación y liminalidad

Volvamos, entonces, a Van Gennep y al estadio intermedio de los ritos de paso, cuando alguien o un grupo de personas dejan de pertenecer a la categoría previa, pero aun no ocupan la siguiente: la liminalidad. Sólo que, ahora, nos encontramos con otro uso del término. No se trata de un estadio o fase sino una condición permanente atribuido por distintos actores sociales y políticos. Pero es que la condición ambigua o liminal en la que fueron fijados los ex soldados (y en la que se fijaron a sí mismos) no era nueva en la Argentina.

En su análisis de la relación entre nación y masculinidad en este país, el antropólogo argentino-noruego Eduardo P. Archetti concluía que las imágenes masculinas nacionales presentadas a través de los sujetos culturales del polo, el tango y el fútbol, los dominios de la cultura que han hecho famosa a la Argentina en su inserción en la modernidad europea “no es la oficial” (1999: 189). Sus personajes principales –el jugador de fútbol, el jinete de polo y el bailarín de tango o *compadrito*– “se convierten en signos de la nación porque son, en muchas y variadas formas, ambivalentes y ambiguos, y amenazan los códigos morales establecidos” (1999: 189). Diego Maradona, el “*pibe de oro*”, remite en el imaginario porteño a un *chico* por su estado de carencia moral e irresponsabilidad social, “libre de sentimientos fuertes de culpa” (Archetti 1999: 184). Ser un pibe entraña “sentir la presión de la autoridad de la familia, los padres, la escuela”, pero también supone “que es más

fácil ver los aspectos positivos y perdonar las imperfecciones” (Archetti 1999: 182). Este modelo de interpretación tiene entonces una doble faz: por un lado es siempre un desorden potencial, pues los pibes nunca serán hombres maduros (Archetti 1999: 184-185); por otro lado, tiene determinadas cualidades como la libertad, la creatividad y un estado de perfección cultural que convierte a la liminalidad en una condición permanente y deseada.

Las reflexiones de Archetti sugieren dos cosas: que la liminalidad es un rasgo constitutivo de las figuras que los argentinos reconocemos como “identificadoras nacionales”, y que el atributo nacional puede confrontar y disputar las identificadoras oficiales y la presencia del Estado. Sin embargo, los personajes que Archetti define como “liminales” y emblemáticos de “lo argentino” tienen un origen periférico: el jugador de polo evoca al gaucho, hombre de campo con cuentas pendientes con la ley y desertor de la milicia; el jugador de fútbol nace de “los potreros” o espacios baldíos de la ciudad donde juegan los niños/chicos humildes del barrio; el compadrito circula por los arrabales, en las afueras del centro. En esta condición la masculinidad no tiene lugar “para la familia, el trabajo y la paternidad” (Archetti 1999: 189).

El proceso identitario de los ex soldados revela el mismo vacío estatal, aunque llamativamente procede de las entrañas del Estado. Desde 1901 muchas “clases” o promociones atravesaron el rito militar hacia la ciudadanía masculina aunque lejos de un teatro internacional. Sin embargo, el apoyo general a la recuperación de las Islas, las remesas durante el conflicto y la ausencia de desertiones, muestran que los argentinos veían en la conscripción un medio de reclutamiento legítimo para la instrucción y la defensa de la Patria.<sup>15</sup> Fue recién después del 14 de junio cuando nació el “ex” soldado como una figura liminal marcada por el pasado, la ambigüedad y la marginalidad, destinada no a pasar, sino a quedarse.

Después de la derrota, adultos civiles y militares quisieron creer que el conflicto sudatlántico había sido un error de los dictadores de turno, un exabrupto o, como se la empezó a llamar vulgarmente, “una aventura absurda” en su huida hacia adelante de la crisis social y humanitaria. Entonces, creyeron que podían volver atrás el reloj y que los ex soldados retornarían a un status ante-bélico de minoridad. Pero las disputas cívico-militares por la guía y supervisión de su “reinserción” denunciaban las dificultades de imaginar un status de reintegración (tercer estadio de los ritos de

---

15 Al respecto caben dos acotaciones; una es que la conscripción no fue cuestionada ni siquiera cuando unos 130 conscriptos desaparecieron de sus unidades militares bajo el terror del Proceso. Otra es que, a diferencia de Malvinas, la intervención de los conscriptos en la “guerra contra la subversión” nunca fue objeto de celebración; la decisión del presidente Carlos S. Menem de hacer desfilar a los “veteranos de la guerra contra la subversión” junto a los de Malvinas el día de la Independencia (9 de julio) en 1990, fue superada por la pronta reacción de condena del público y las fuerzas políticas.

*paso*). Por su parte, los ex soldados adoptaron una identidad ambigua y marginal a la que ratificaban mientras contestaban que ya no eran chicos, ni habían sido carne de cañón, que su palabra valía y que debía ser seriamente escuchada y tenida en cuenta. Arrojadados al abismo del sinsentido (lo absurdo) por la derrota militar argentina y la retirada política del gobierno que hablaba del asunto lo menos posible, iniciaron un arduo trabajo sobre el pasado para hacer de defecto virtud, debilidad en fortaleza y periferia en centro. Así se empeñaron en diferenciarse de los militares, a cuyo lado habían combatido, afirmando no ser responsables de sus errores y mezquindades, y diferenciándose de los civiles por su inexperiencia bélica, su banalización de la guerra y, sobre todo, por su volubilidad: desde el apoyo inicial masivo, presencial, vociferante a la recuperación de las islas, hasta la protesta, el encono, la crítica y la imbecilidad del “Yo sabía” (que los británicos prevalecerían). En vez, reivindicaban la empresa malvinera como nacional, pues su desplazamiento al sur se encuadraba en el mandato constitucional de la conscripción que ni civiles ni políticos habían cuestionado en ningún momento.

Henos aquí donde reside la particularidad de esta identidad de posguerra. Tanto en las elaboraciones de los ex soldados como de los militares y los civiles, esta identidad liminal de reintegración pendiente se expresa no como el resultado de un conflicto internacional, sino de un conflicto interno a la Argentina. Esta imagen difiere, precisamente, de la que prevaleció durante las operaciones contra Gran Bretaña en 1982 en los medios y en el ánimo general que destacaba la unidad de los argentinos. Pero ni bien se supo de la rendición, el blanco enemigo se modificó y del inglés-pirata-colonialista-gurkha pasó a ser el general borracho-la “dictadura genocida-los milicos-muy-mal-paridos, como decían las consignas en las manifestaciones callejeras, como si la sociedad civil hubiera estado en otro planeta.

Una nutrida literatura nos enseña que la memoria es social, creativa y, sobre todo, hija del presente. La identidad liminal de los ex soldados es el fruto del trabajo de la memoria de los argentinos, que transformó a Malvinas en una confrontación cívico-militar más reminiscente del terrorismo represivo y estatal que de una guerra internacional. En este contexto, la condición liminal denunciaba solapadamente, que “los chicos” no tenían una sociedad adulta a la cual reintegrarse porque la que se les ofrecía era plenamente responsable y premeditadamente ignorante de cuanto había ocurrido.

Ahora bien. Si por diversas vías, todos los sectores reconocían en el Estado y también en los civiles, el doble fracaso de perder las islas y el de abandonar a los chicos en su pasaje a la adultez, la figura de una identidad social liminal no era nueva ni era ajena a la época. Bajo el terrorismo de Estado-guerra antisubversiva (según la preferencia de los lectores), un número impreciso pero cuantioso de hombres y mujeres, generalmente jóvenes, fueron reportados como “desaparecidos” y jamás recuperados. Si los desaparecidos no habían sido velados ni enterrados, ahora los

chicos-soldados no podían ser reintegrados. Los ex combatientes que encarnaban, ahora, una identidad nacional ampliamente aceptada –venían de todas las provincias, de todas las clases sociales– llegaban para confirmar la dilemática relación de los argentinos con su Estado y sus gobiernos. Y en esa relación revelaban, como ante las evidencias del terrorismo de Estado-guerra antisubversiva, la misma sorpresa, el mismo extrañamiento; la misma des-responsabilización; la misma nominación de “víctimas”; la misma condena eterna a la liminalidad.

## Referencias citadas

- Archetti, Eduardo. 1999. *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina*. Oxford: Berg.
- Casa del Veterano de Guerra. 1982-1983-1984. *Nuestras Islas*. Buenos Aires.
- Clarín*. 1982-1984. Buenos Aires.
- Guber, Rosana. 2001. *¿Por qué Malvinas? De causa justa a guerra absurda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. 1999. “From Chicos to Veteranos. Argentine Memories of the Malvinas War”. Baltimore, Johns Hopkins University, Ph.D. dissertation. Publicada en castellano por Editorial Antropofagia 2004 y por Ediciones al Margen 2012.
- Kon, Daniel. 1982. *Los chicos de la guerra. Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas*. Buenos Aires: Editorial Galerna.
- La Voz*. 1982. Buenos Aires.
- Somos, Revista*. 1982. Buenos Aires: Editorial Atlántida.
- Turner, Victor. 1969. *The Ritual Process*. Ithaca: Cornell University Press.
- Van Gennep, Arnold. 1960. *The Rites de Passage*. Chicago: The University of Chicago Press.